



estando en este lugar, pasados los tres años de nuestra compañía, estando un día en mis propios brazos, diciéndome que ya tenía pensada la manera cómo me había de llevar a su tierra, le dió un dolor en el corazón, y en término de tres días murió. Pues yo desventurada, sola sin aquel que era mi alegría, quedé como muerta; mas la necesidad me dió fuerzas, y así le tuve algunos días ante mis ojos, hasta que el tiempo me lo negó; porque las aves y animales á él y á mi perseguían, y por esto, haciendo con mis propias manos aquella sepultura, le metí dentro, buscando aquella blanca piedra, en la cual de mi propia sangre escribí aquellas letras que allí ves; y sin él he vivido siete años en este lugar, con este arco matando las fieras bestias, como él hacia el tiempo que vivió para sustentarnos, como para defenderme dellas. Y todos los días del mundo con aquel instrumento que allí hallaste, con el cual me cantaba hermosos versos, yo dos veces al día le canto otros por mí compuestos, en memoria del pasado tiempo que con él tuve, y de la queja que yo de la cruel muerte tengo, y con razón; pues llevándome tanto bien, me deja á mi padeciendo tanto mal. Ya te he dicho el proceso de mi vida, y porque hora es de hacer lo que yo suelo, ruégote no me impidas ni me hables palabra hasta que yo haya acabado.»

Y como esto dijo, levantóse, y tomando la arpa del lugar donde estaba, volvió á la sepultura, y destocándose un tocado que sobre su cabeza traía, descubrió los mas hermosos y rubios cabellos que podían ser vistos, y con muchas lágrimas y suspiros lloró una pieza sobre la sepultura; y luego aseogándose, tomando la arpa en las manos, la comenzó á tocar dulcemente, y con suave voz comenzó á decir los siguientes versos:

Levántese mi voz, comience el canto  
Del afligido cisne cuando muere,  
Y entiéndase la causa de mi llanto,  
Y el soberano sol cuando volviere,  
No muestre claridad, mas llóre el día  
Al tiempo que su luz la tierra hiere.  
No muestren ya las aves su alegría,  
Huyendo de las fuentes y los ríos,  
Mas hagan con dolor triste armonía.  
Y los árboles verdes y sombríos  
Se sequen y la tierra esté mostrando  
Tristeza con oír los llantos míos.  
La mar de muy airada esté bramando  
Contando Testimonio el triste hilo,  
Que en un tiempo por mí estuvo apando;  
Y las ninfas, que están cerciendo el Nilo  
Con hermosas guirnaldas, lloren luego  
Rompiendo su placer mi triste estilo.  
Y el esfera mayor donde está el fuego  
Se entristezca, quedando oscura y fría,  
Faltando en lo demás todo sosiego.  
¿Qué tristeza se iguala con la mía?  
Y en fin, vivo con ella, porque espero  
En la muerte hallar nueva alegría.  
Yo siempre estoy muriendo y nunca muero.  
¡Oh muerte descal! ¿Quién te detiene,  
Que no vienes á mí, porque te quiero?  
Mas es justo que yo viviendo pene,  
Y tenga por ventura cualquier pena,  
Que el tiempo contra mi airado ordene.  
¡Oh ánima fiel, hermosa y buena!  
Y cómo te partiste deste suelo  
Dejando aquesta mí en tierra ajena?  
En fin, es el vivir mar de recelo,  
De males y sospechas rodeado,  
Y así no puede dar ningún consuelo.  
Aquello que promete es emprestado,  
Así como lo da, luego lo quita  
Con mano soberbia y rostro airado.  
¡Oh paz, que ha de reinar con luz bendita!  
Acuérdate de mí, por quien tú eres,  
Que tu ley en mi alma tengo escrita.  
Y aunque quede mi nombre entre mujeres  
Afeado por ser de amor vencida,  
Sabiendo que son vanos sus placeres;  
Yo partiré contenta desta vida,  
Porque el amor que tuve y tengo es bueno,  
El cual no mereció tan gran caída.  
¡Oh cielo de beldad claro y sereno,  
Y tú, noche apacible á los mortales!  
Poned á mi dolor templado freno.  
Y vosotros, silvestres animales,  
Que esperáis á la luz de la mañana,  
Venida que será, llorad mis males.  
Y tú, muerte cruel, que de inhumana,  
Me llevaste á mi bien y dulce amigo,  
Acaba de venir, pues muero ufana.  
Recíbeme, mi alma, allá contigo,  
Que presto moriré según me siento;  
Pues no puedo tener contentamiento  
Hasta verme contigo y tú conmigo.

Acabados de cantar estos versos por la hermosa Porcia,

luego se cubrió su cabeza, y tornó a poner la arpa dentro en su morada. Luzmán se vino para ella, y ella le dijo: «amigo, bien será que demos órden á dar sustento á estos nuestros cuerpos, que nuestros espíritus de mayor manjar se mantienen;» y dicho esto tomó el pequeño ciervo y le comenzó á desollar, ayudándole Luzmán, y haciendo fuego le asó, y junto á la fuente sacando algunas frutas y raíces que tenía, cenaron. Acabada la cena, Luzmán, la comenzó á decir desta manera: «preciada señora, no he tenido lugar de darte gracias por la cuenta que de tu vida me has dado, y agora después de te las dar, te ruego me perdones por lo que te quiero decir. — Dí lo que quisieres, dijo Porcia, que yo te escucharé con entera voluntad; y en lo que dices agradecerme haberte dado cuenta de mi vida, yo he holgado dello, porque me pareces hombre que hay en tí mas valor encubierto que muestras; y diciendo esto, calló para que Luzmán comenzase, el cual comenzó así:

«El sobrado valor y alto merecimiento tuyo tiene admirado mi sentido, y este has querido rendir á la mas alta y subida cosa que jamás se ha entendido; quiero decir, señora, que por amor despreciaste tu grandeza y propia patria, riquezas y señorío, y veniste á este lugar, en el cual no puede habitar cosa humana que racional sea, sino tú, que has pasado á todas las altas doncellas que hasta tí han sido; y aun dudo que las que vernán después te puedan igualar. Esto ¿de qué nació? De ánimo firme y de contemplacion subida y de desprecio de las cosas mundanas; poniendo solo el intento á aquel dulce regalo que el corazón pretende alcanzar con el fudo soberano del matrimonio. Fué amor sin deseo, y deseo de lo que convenia, y convino que así fuese; pues ni podía ser ni fuera, si del cielo no estuviera ordenado. Mas, hermosa señora, ya esto es pasado; y debes, si te parece, entender agora nuevamente tu vida como si de algun sueño recordases, contentándote con diez años que en este lugar has estado, y no querer acabar aqui tus días, que podrá ser no morir tan bien ni con aquel aparejo que debes. Mira que el alma es mejor que el cuerpo, y este te debe de engañar con aquella ira que la importuna sed de la muerte de tu amigo te ha causado; y si tú quieres, yo te llevaré deste lugar á alguna parte donde vivas encubierto lo que de la vida te queda; y mas te daré parte del haber que conmigo llevo, doliéndome que en tal lugar perezca una mujer como tú. Perdóname, señora, que tu bondad me da atrevimiento, y tu claro juicio me pide que esto haga; porque puesto que lo que haces sea bueno, mejor me parece lo que yo te suplico; pues ya con los lloros, sospiros y lamentaciones, lágrimas y penosas ansias no puedes volver al mundo á Erediano tu esposo, antes es causa que mas pronto mueras; y de tu muerte no se podrá saber, porque en este lugar no creo que jamás hombre venga, y tu cuerpo será de animales y aves despedazado, y es gran dolor que no se sepa tan alto sujeto como fué el principio de tu vida y el maravilloso fin della. Esto es, señora, lo que decerte queria, y lo que á mí me parece; ruégote por Dios lo mires; y si yo te digo cosa que te contente, hazlo, que yo te juro por la fe de quien soy, que como verdadero hermano haga por tí lo que tengo dicho, poniéndome á todo peligro, aunque no lo habrá, que con prudencia se puede procurar esta tu partida;» y como esto dijo, calló Luzmán.

La hermosa Porcia, que muy atenta había estado á sus palabras, en extremo holgó de oirlas, y tuvo á Luzmán en mucho, representándose ante ella el valor que encubierto tenía, y aquello que dél había sospechado; y así asegurándose un poco, le respondió lo que sigue: «verdaderamente, amigo, en oír tus palabras he recibido gran contentamiento; pues de tí y dellas he sacado muchas cosas todas para mí provecho. De tí he acabado de entender ser persona de mucha virtud y de gran discrecion, no te fal-

tando noble sangre, que donde esto hay, no falta cosa ninguna; y de tus palabras entiendo, que debes de entender que yo en este lugar muriendo en él, haya de perderme con la desesperacion que suelen tener aquellos cuando faltándoles el bien se acaban á sí mismos. No lo entiendas así; que yo lloro, no porque el llorar, los gemidos y suspiros, lágrimas y arrebatadas voces, me puedan dar á mi dulce amigo; mas hágolo porque el corazón con esto descansa, y cuando los ojos al cielo levanto, es acordándome que de allá vienen todos los bienes y consuelos que en la tierra se hallan, y que pienso que está allá aquel mi dulce esposo, pues su vida tal lugar dió á entender que le esperaba; y cuando los bajo á la tierra, es considerando que todos los males que son hasta la muerte desdella, y á ella como á verdadera madre vienen á parar nuestros humanos contentos; y cuando miro estas cuevas y soberbias peñas y estos árboles verdes, contemplo en ellas y en ellos la soledad que el ánima tiene en esta vida con la vaná esperanza de sus mudanzas, hasta que vaya á aquel lugar para donde fué criada. Pues entiendo agora dónde va el fin de mi pensamiento, y á qué blanco tira la jara de mi inclinacion, y entendiéndolo no me culparás, ni me aconsejarás que de aquí salga, y así no lo haré jamás, antes quiero morir donde murió quien por mí tomó la muerte; y en lo que dices que moriré en este desierto sin que mi muerte se sepa, no pretendo yo la gloria mundana ni el juicio della; y si las aves y serpientes me comieren, ya sabes tú que el cuerpo sin el alma poca honra merece; y así yo no la quiero; y aquello á que te obligas, que es llevarme contigo, y darme de tu haber, yo por esta voluntad te doy muchas gracias, y ruégote que en esto no me hables; mas me hagas un placer, y es, que me digas quiénes eres, pues yo te he dicho mi vida.»

Luzmán, oyendo las palabras de Porcia, de su discrecion quedó muy satisfecho; y oyendo que no queria hacer lo que le aconsejaba, no habló mas en ello; antes le contó quién era y la causa por que así andaba, de que Porcia quedó muy maravillada, y por otra parte muy alegre, en saber que Luzmán era caballero, y apasionado de amor como ella lo era, y de aquella patria de su dulce esposo. Y con esto le rogó que quisiese quedarse allí tres ó cuatro días, porque le queria mostrar cosas estrañas que en aquel desierto había; y él se lo prometió. Y porque era hora, partiendo con él de la pobre ropa que tenía, se acostó Luzmán á reposar esa noche, y ella se metió en su pobre morada. No era venida la clara mañana, cuando la hermosa Porcia salió de su morada, y sobre la sepultura comenzó á hacer su acostumbrado llanto, porque dos veces al día solía hacerlo: una vez á la noche cuando el sol se partía, y otra vez á la mañana cuando tornaba á volver; y así con su arpa en las manos tañendo dulcemente comenzó á decir los siguientes versos:

¡Oh sol resplandeciente,  
Que vienes á dar lumbré á los mortales,  
Y alegras juntamente  
Las aves y animales.  
Estendiendo tus rayos celestiales!  
Alumbra el alma mía,  
Que está en oscuridad con gran recelo  
En esta tierra fría,  
Tan falta de consuelo,  
Esperando la luz del claro cielo.  
Y tú, muerte, ¿qué haces,  
Pues no precias á reyes, duques, condes;  
Mas todo lo deshaces,  
Y á mí no me respondes?  
Pues ven: si has de venir, ¿por qué te escondes?  
Y tú, bien copioso  
De suma majestad, en quién confío,  
Allá do está mi esposo  
Me lleva, Señor mío,  
Quedando en este bosque el cuerpo frío.

En diciendo estas últimas palabras, bajó el rostro sobre la sepultura, haciendo encima della una cruz con su mano; y como ya fuese llegado el término de su vida, murió, sin que palabra otra alguna dijese que de Luzmán pudiese ser entendida. Pues él, que atento había estado á la suavidad de su música, y por no estorbaba ape-

nas se había osado menear, como la vió así, levantóse y fué á ella; y como muerta la hallase, quedó muy turbado y lleno de confusion; y como si su hermana fuera, ó de muchos años la hubiera tratado, comenzó á hacer esquivo llanto, y á decir palabras muy lastimadas; y al fin, esforzándose quiso dar en aquel hecho algun remedio. Y entrando en la verde choza, halló una pequeña azada, y tomándola, cavó la sepultura hasta que llegó á los huesos de Erediano; y llorando de sus ojos, tomó en sus brazos á Porcia y la metió dentro, y tornóla á cubrir con la misma tierra; y hecho esto, se partió por donde mas llano camino vido, y con grande cansancio y peligro anduvo seis días sin comer otra cosa que yerbas, no pudiendo salir á ningun camino; y al séptimo día halló una senda, y anduvo por ella; y no anduvo mucho, cuando encontró algunos caballeros y otras gentes. Y preguntando á un hombre qué gente era aquella, le respondió: «aquí va Artidonio, hijo del duque de Ferrara, á la ciudad de Milán;» él preguntó cuánto estaba de allí Ferrara, «dos leguas», respondió el hombre. Luzmán se alegró, y aquella noche llegó á la ciudad, y se fué á una posada, donde descansó de su gran trabajo hasta otro día, que se fué á oír misa; y después que hubo comido, acordó de ir al palacio del duque, porque le queria dar cuenta de todo lo que había visto.

Pues llegado al palacio, luego vinieron para él los que en la guardia desta casa estaban, preguntando lo que queria; él respondió que hablar al duque; y tomándole un portero consigo, sin mas preguntarle ni detenerle, le metió en una hermosa huerta, donde el duque estaba, el cual, como vió á Luzmán, llamóle diciendo que se llegase cerca dél. Luzmán holgó mucho de verle, porque tenía gentil presencia, puesto que era de cerca de setenta años, y así se le humilló, diciendo: «señor, yo tengo de hablar contigo, si tú me das licencia, que sin ella mas sería atrevimiento loco que prudencia; pues ante tal hombre como tú, menester es gran comedimiento y humildad, pues dél y della se adorna el sabio.» El duque miró á Luzmán, y parecióle muy bien, y respondióle así: «amigo, siempre tuve por costumbre de oír benignamente á todos aquellos que de mí hubieren menester cualquiera cosa; y cuanto mas pobre y necesitado es aquel que á hablarme viene, tanto yo con mayor voluntad le oigo y favorezco; pues no se puede llamar señor quien desto huye, porque la benignidad es aquella que sublima y ennoblece al príncipe, oyendo al pobre como al rico; y poniendo los ojos en sus vasallos y propios siervos, ha de entender la falta que hay en ellos, y entonces remedialla. Porque aquel que desto huye, mas es señor para sí que para otros; y sus riquezas no se pueden llamar bienes prósperos; y así yo pretendo, con lo que Dios me ha dado, ser como el padre de las familias y sembrar para todos, porque coger puedan de mí lo que á ellos falta. Así que, amigo, di lo que quisieres, que aparejado estoy para oírte.»

Luzmán se le humilló otra vez, y le comenzó á decir desta suerte: «la sublimada fama de tu nombre muchos días ha que en mis orejas está puesta, y así solamente por te conocer vine á esta tu ciudad, porque mi costumbre es esta, deseando ver las cosas grandes y maravillosas. Pues entiende, señor, que lo que obras no puede tener fin; que puesto que el mundo lo tenga, la virtud, como sube á su propio lugar, no puede de allí caer; y para que mejor entiendas lo que decerte quiero, has de saber, que yo soy un caballero de España, que deseoso de ver y entender las estrañas cosas que el mundo tiene en sí sali de mi tierra desta manera, como me ves vestido, y viniendo á esta ciudad no sé cómo el camino perdí, y anduve por un estraño bosque cuatro días, y al cabo dellos, hallándome en un llano topé una sepultura.» Y de aquí le comenzó á contar todo el hecho de Porcia y Erediano, de la manera

que lo había visto y oído de su boca. Cuando el duque esto entendió fué muy maravillado, y las lágrimas le vi-

El duque, con muchos caballeros, salió á recibir esta triste venida, y suntuosamente los mandó sepultar. Tres meses estuvo Luzmán en Ferrara, que nunca el duque le dejó partir, tanto holgaba con su conversacion; y al fin le hubo de dar licencia; y por su consejo se hizo un sepulcro muy maravilloso: y las letras del Luzmán las compuso. Era desta manera todo: era labrado de muy hermoso alabastro, con muy doradas antiguallas; encima dél estaban, que se podían bien ver, naturalmente obrados, los dos amantes; á la cabecera de Erediano había un escudo; á la una parte dél estaba él retratado, y á la otra parte el dios de Amor tenía el arco y flechas quebradas en la mano, como que la quería echar con rostro airado, y en medio unas letras que así decían:

¿Qué dices, dios de Amor?—Vengo enojado. Y qué es la causa, di?—Tu mala suerte. Pues, ¿qué es de tu poder?—Ya no soy fuerte. Y, ¿quién fué la ocasion?—Tu triste hado. ¿Qué hallas en mí ser?—Fin desdichado. Y, ¿quién le derribó?—La cruda muerte. —Amor! venme á valer.—No hay ya valer.

LIBRO SEGUNDO.

EN EL CUAL SE CUENTAN LAS EXTRAÑAS COSAS QUE LUZMÁN VIDO ANDANDO EN SU PEREGRINACION.

Partido Luzmán de Ferrara, tomó el derecho camino de Lombardia, y así vido las mejores tierras della, siempre pensando en el extraño fin de Porcia, y cuánta ventaja en ley de amar llevaba á su señora Arbolea, aunque en hermosura no se la daba. Pues así anduvo tanto, que llegó á la ciudad de Milán, donde él llevaba el intento, por haberla oído tanto celebrar; y así, llegando á ella, se fué esa noche á la casa de una bonrada dueña, la cual le recogió amorosamente; y estando así, vino un hijo que ella tenía del palacio del duque, paje suyo, y como viese á Luzmán, llegóse á él, y comenzóle á preguntar de dónde era, y él le respondió diciendo como era de España, y que venía con deseo de ver las cosas del mundo. El mancheco, que de ver á Luzmán quedó muy contento, y en su manera se le representó ser hombre de valor, le dijo: «pues vuestra intencion es de ver grandes cosas, yo quiero, si á vos os place, llevaros conmigo esta noche al palacio del duque Galeazo, con quien yo estoy, porque hoy se ha casado, y esta noche se hacen muchas fiestas, y así las podreis ver, que yo creo os contentarán tanto cuanto podreis ver ó haber visto. Luzmán se lo agradeció mucho, y le dijo que era muy contento; y así cenaron, y después de cenar se fueron juntos. Estaba aderezada una rica sala, toda cubierta de paños de fino carmesi, broslados todos de oro, con las armas del duque, las cuales eran unos del-

Tus armas, dónde son?—Las he quebrado. ¿Qué le quito en morir?—Las glorias mías. Pues, ¿qué puedo hacer?—Tener paciencia. ¿De dónde me venrá?—De tu desseo. Mi Porcia, ¿vivirá?—No muchos días. ¿Quién se los quitará?—Tu larga ausencia. ¿Y no hay remedio, Amor?—Yo no lo veo.

A la banda de Porcia estaba otro escudo; á un lado dél, ella al natural retratada, de la manera que estaba en el bosque; y á la otra parte del escudo, asimismo retratado Erediano, y en medio figurada la muerte, que el arco y flecha tenía contra Erediano, y el rostro vuelto á Porcia, y á sus piés de la muerte unas bien obradas letras que así decían:

Aparta de delante, muerte fea. No me encubras la flor de mi verano; Mas déjame gozar de Erediano, Pues no puedo vivir sin que te vea. —Hermosísima Porcia, nadie crea Que se puede soltar de aquesta mano, Y así tu corazon y el suyo ufano Muy presto vestirá de mi librea. —Oh dulce juventud, corta ventura! Pues llévame con él, no quede en tierra Tan sola, sin placer, dura y fragosa. —Primero le darás la sepultura. En un pequeño llano de esta sierra, Y luego morirás, dama hermosa.

A los piés deste hermoso sepulcro estaba otro escudo, y en él escritas unas letras de oro muy bien hechas, las cuales decían desta manera:

Aquí están sepultados dos amantes, Erediano y Porcia ilustre y clara. Sobrina del buen duque de Ferrara. Casados por amor, firmes, constantes. Este hecho no culpen ignorantes; Pues saben que el Amor, cuando dispara, En cosas de gran ser pone la cara. Derribando las fuerzas importantes. Vivieron en un monte extraño y hero. Con vida trabajosa algunos años: A los tres murió él y á los diez ella. Que cualquier amador, si es verdadero. No teme diferencias, muertes, daños: Ejemplo este varon y esta doncella.

fines sobre ondas de plata, y al derredor había letras que todas igualmente decían así:

Crecieron y crecerán Sin fin en el fin que tienen Los que en mí mar se sostienen.

Esta sala entraron en otra, cuya riqueza era de gran estima; y allí Fabio (que así había nombre el paje) le puso en un lugar de donde pudiese muy bien ver todo lo que allí se había de hacer. Pues mirando Luzmán al duque, que de poca edad era, vestido ricamente, muy acompañado de caballeros, y á la duquesa, que de gran hermosura era dotada, acompañada de muchas dueñas y doncellas, vió que de una nube, que artificiosamente estaba hecha en lo alto de la sala, abriéndose por medio, bajaba una doncella, artificiosamente vestida toda de tela de plata, con unas alas de maravillosas plumas, y traía en las manos un hermoso instrumento á manera de lira, la cual dulcemente tañendo, y cantando, comenzó á decir así:

Levántese la voz que está escondida En los montes mas altos de Parnaso. Y vaya desde allí por mar y tierra; Las niñas traigan luego el claro vaso Con el agua que está de amor cogida. Sintiendo cuantos son ardiente guerra: Y en la encumbrada sierra. Adonde yo triunfando Sustento con mis alas navegando. Aquella gran potencia que se encierra En el linaje y bando.

Acabadas estas palabras, luego comenzó á templar su lira Irponio, y templado que la hubo, comenzó dulcemente á decir la siguiente cancion.

Alégrense las aves y animales, Y los peces del mar y sus riberas; Los prados y flores que engan flores, Y esténdase mi voz por los mortales, La cual pueda amansar sus ansias fieras. Nacidas y engendradas por amores; Y de nuevas colores El gran arco del cielo Se vista para dar mayor consuelo; Y todo cuanto pido Suceda con valor de amor cumplido, Perdiendo toda suerte de recelo. Pues yo solo alcancé con mansedumbre Lo mas que tiene amor allá en su cumbre.

Acabando Irponio de decir esta cancion, luego Boliano, que atento había estado al gran contento de Irponio, comenzó á tañer y cantar lo que se sigue:

De gran oscuridad se vuelva el día A los tristes gemidos de mi canto, Y las aves se escondan en sus nidos, Oyendo el gran dolor de su armonía. Haciendo cuantos son terrible llanto. Quedando con me ver de amor herido. Los árboles vestidos Se vean despojados De hoja, fruto y flor, y los collados Se hundan al abismo. Sintiendo mis cuidados Causados por mi mismo, Y así con gran dolor todas las gentes En solo mi pesar pongan las mientes.

IRPONIO.

Yo solo cantaré viviendo ufano, Alegre, firme y fuerte en toda hora De ti, mi Bellana, fuente y río, Hermosa primavera del verano. De quien amor vencido se enamora Envidioso de ver tanto bien mío. Yo soy el que confío En no poder mudarse El bien que tengo agora, ni apartarse. Pues no tiene fortuna Poder para enojarse, Ni otra cosa ninguna Se puede levantar contra mi hado. Haciéndome quedar desconsolado.

BOLIANO.

La muerte llamaré; y entre las peñas Haré mi habitacion do pueda el eco Responderme á lo menos cuando hable; A los aires haré mortales señas Y en el valle mas bajo, oscuro y seco Daré fin á mi vida miserable. No hallo suerte estable. Quel tiempo no le mude; Y en esto que yo digo nadie dude Si pende de esperanza, Pues hice lo que pude. Muy firme sin mudanza. Y el pago que saqué, fué morir luego. Quedando sin sentido preso y ciego.

Acabada esta última cancion por el triste Boliano, luego salió de un artificio, que cubierto estaba al fin de la gran sala, un carro triunfal, que seis ciervos muy hermosos sobre sí traían: era hecho de artificiosos arcos cubiertos de oro y seda, y en medio dél venía una rica silla y en ella sentado el Amor, y al derredor del carro muchos hombres, vestidos de costosos trajes, tañendo diferentes instrumentos; y luego que el carro llegó junto adonde los pastores estaban, el Amor salió dél con un dorado arco en las manos y una flecha, así como lo pintan los antiguos; y parando la suave música comenzó á decir con semblante grave, mirando á todas partes, las palabras que se siguen:

La majestad y grandeza De mi nombre se levante Con sus glorias; Muera toda fortaleza, Y solo la fama cante. Mis victorias. Reconozcan los mortales Mi valor firme y perfecto; Pues yo soy Quien doma los animales, Y en el lugar mas secreto Allí estoy. Yo venzo sin ser vencido, Porque mi forzosa guerra Siempre crece:

Es mi nombre el dios Cupido, Y así la mar y la tierra Me obedece. Soy señor universal, Rey de todos los estados Y naciones; Es mi poder inmortal, Y en desiertos y poblados Doy pasiones; Yo hago temer al fuerte Y levanto al lemeroso Sin temor, Ofreciéndome á la muerte Con ánimo generoso Por amor.

Como acabó el Amor de decir estas palabras, volvióse al pastor Irponio, y díjole lo que se sigue:

Irponio, vente conmigo, Que quiero llevarte á ver Mis flores; Y á Boliano tu amigo, Hacer que tome placer Con tus fiestas.

De aquesta casa antigua, cuya fama El tiempo con razon su ser derrama.

La justicia quebró su antigua espada Cuando pensativa y lastimera; No siento la razon por que lo ha hecho; En fin, toda cizaña esquivá muera. Reinando ya la paz, que desterrada Estaba con dolor muy sin provecho; El mundo está deshecho Reinando la cruz, y Y todo por estados y grandeza; Mas, ¿quién podrá traer el mundo al peso De la naturaleza, Que falta fuerza y seso? Así que, todo va perdido y muerto, Habiendo en todas cosas desconcierto.

Pues yo quiero volar ligeramente Por los montes mas altos de Tesalia. Volviendo por las partes de Ruxia, Habiendo dicho antes por Italia El triunfo singular que aquí presente Las ninfas han juntado en este día. Después la lengua mía Podrá muy sin recelo Encumbrar tu grandeza allá en el cielo. Mas que pienso decir, que en tan gran cosa Conviene mayor vuelo Y gracia poderosa; Mas quiero levantarme, que ya tarde; Y pues la fama soy, ¿á quién aguardo?

Luego que acabó de decir estos versos, se tornó á levantar hasta donde la nube estaba, y se entró dentro; y luego salieron de dos aposentos, que el uno frontero del otro estaba, dos pastores, ambos de poca edad. Traían en las manos sendas liras; y el uno, que antes que el otro salió, venía cantando á un son, que á tristeza convidaba, unos versos, quejándose del Amor en ellos, los cuales así decían:

Quien fin de su amigo Le mueve la razon sin ser forzado; Mas quien de su enemigo Está muy confiado, No se queje después si fué engañado. El lince viendo alcanza A traspasar un monte y una sierra: Tal fué la semejanza De do nació mi guerra. Pues yo vi por mí mal tu cuerpo en tierra. El basilisco mala Con ojos de ponzoña á cuantos mira: De tal suerte me trata La Vista de tu ira, Por do mi corazon de amor sospira.

Como este pastor con triste sonido acabase de decir estos versos, calló, poniéndose á mirar á la duquesa y á todas las otras dueñas y doncellas; y á este tiempo el otro pastor, con alegre armonía, comenzó á tañer y á decir desta manera:

Yo solo de la fortuna Jamás no fui perseguido; Porque Amor A los falsos importuna, Y aquellos pone en olvido Y da dolor. Yo por las verdes montañas Goto las yerbas y flores Y sus frutos;

Porque ha visto mis entrañas, Amor que no da favores A los brutos. Y pues solo merecí Lo que nadie mereció De derecho; Viva la firmeza en mí, Pues ésta nunca murió En mi pecho.

Acabado de decir estos versos, paróse; y luego el primer pastor, llamado Boliano, comenzó á decir á este segundo, que Irponio había nombre, desta manera:

BOLIANO. Irponio, ¿qué te parece De mi gran desventura Y mal fiero? ¿Quién de mí no se adolece, Conociendo mi tristura Y cómo muero? Mejor me fuera no amar; Mas yo digo en lo que toco Falsamente. Porque mas vale penar; Que el que está sin pena es loco, Y no prudente.

Amase, si no era en mí Defenderme, Porque el amor me forzó, Y entonces mas merecí Con perderme? Que tan escelente llaga Era victoria sufrilla. Y leñella. Porque el amor da tal paga Mostrando por maravilla Vida en ella. Así que si tú llevaste El bien que yo pretendía Merecer; No por eso me quitaste Con llevarme el alegría Mi querer. Que yo bien podré morir Y entregarme de mi gana A los enojos. Mas no que pueda partir El valor de Bellana Ante mis ojos. IRPONIO. Pues que te llamas contento, No es menester consolarte; Mas cantemos Cada cual con su instrumento, Porque con mas gracia y arte Placer demos.

BOLIANO. ¿Cómo me dices que no